



The fourth pillar of sustainability. Culture's essential role in public planning

Jon Hawkes
Melbourne: Cultural Development Network (2001)

Cada vez más está creciendo el reconocimiento de los beneficios que provienen de la participación activa y regular de las comunidades y/o personas que se implican en expresar sus aspiraciones y su identidad a través de las artes y la cultura. El reto es desarrollar las condiciones que permitirán que esta implicación social se normalice y se convierta en parte de las agendas políticas, culturales y educativas de las ciudades y territorios.

En la monografía *The fourth pillar of sustainability*, Jon Hawkes considera este ámbito de acción desde un posicionamiento activo en el que el eje vertebrador surge del reto cultural de poner en palabras el marco de valores que apuntala la tipología de mundo donde nos gustaría vivir. Los efectos prácticos de esta teoría son la cultura en acción o la acción cultural. Entiende que una sociedad sana y sostenible, teniendo en cuenta la equidad, la responsabilidad en el medio ambiente y la viabilidad económica, conforma lo que él llama vitalidad cultural. Así, se enmarca la sostenibilidad cultural como eje básico para una buena planificación pública. Tiene en cuenta la dimensión territorial, la dimensión social, la dimensión económica y, finalmente, apuntala el reto de la identidad y la construcción de una ciudadanía democrática e involucrada en procesos participativos en la cultura.

La perspectiva cultural como eje vertebrador de una sociedad cohesionada y activa tiene que ver con la creación, distribución y capacidad de mantener las ideas y los propósitos de las acciones de la sociedad. Según el autor, la función social clave de la cultura en la sociedad es la animación que facilita la expresión democrática de los valores de la sociedad y sus aspiraciones a través de la participación creativa.

El autor comparte en *The fourth pillar of sustainability* que los modelos de planificación pública pueden mejorar a partir de la dimensión cultural y que, para ello, es necesario evaluar tres áreas relacionadas con esta dimensión: la participación activa, donde es primordial observar la extensión de la participación en las aspiraciones de la comunidad; la diversidad auténtica, donde se pone de manifiesto la necesidad de reflejar las genuinas expresiones de la comunidad; el compromiso a largo plazo, a partir de la propuesta de condiciones que permite a las comunidades y personas formar parte de la vida pública y del entramado cultural del territorio.

Desde que Hawkes se posicionó con este relato colocando la cultura como cuarto pilar para la sostenibilidad, otros autores muy relevantes (Holden, 2004 y Belfiore, 2002) emprendieron las riendas y postularon el desarrollo cultural comunitario en términos de cultura democrática, y se abrió el debate en torno

a este paradigma. De este modo, muchas de las piezas que no se habían identificado como tales, han encontrado su sitio y han generado espacios de participación, de replanteamiento de perspectivas, de creatividad social, de innovación y de educación cultural.

Entendemos que Hawkes es uno de los autores que ha revisado claramente el papel de la cultura como puntal en la planificación pública. El posicionamiento del autor, en este sentido, es que el marco de las políticas culturales, trabajando con agentes sociales, ambientales y económicos, es esencial para la consecución de una sociedad sostenible y saludable.

En la monografía *The fourth pillar of sustainability* el autor sostiene que “[la cultura], como herramienta de valor incalculable, ha sido ignorada por reconfigurar las líneas estratégicas de los gobiernos para planificar el futuro y para evaluar el pasado. Es necesario, por tanto, un aumento de la conciencia en este sentido. La cultura se basa en valores y aspiraciones, procesos y medios: valores recibidos y transmitidos, manifestaciones tangibles e intangibles” (p. 1).

Hawkes entiende y expone en el libro que la cultura es la expresión que denota la producción social y la transmisión de los valores, significados y propósitos, argumentando que cuando se reconoce que la expresión de los objetivos y as-

piraciones sociales está en el centro del proceso de planificación pública, la conexión entre la cultura y la planificación se hace evidente. Concluye exponiendo que ocurre lo mismo con el potencial que posee la cultura como elemento central en los mecanismos que facilitan la planificación pública eficaz.

El autor defiende que ninguna política puede ser eficaz si no se basa en los sistemas y las instituciones capaces de facilitar su aplicación. Sugiere que la estructura de los departamentos gubernamentales debe garantizar que las principales áreas culturales estén integradas y coordinadas. Explica que debe reconocerse el papel clave de la cultura con el que expresa el significado, la identidad y los propósitos de la sociedad.

“No son necesarios proyectos de ingeniería social con objetivos imposibles. Son fundamentales proyectos que sean capaces de generar procesos de cultivo y nutrición social” (p. 22). Según el artífice de este pensamiento, las artes ofrecen a todos los ciudadanos la oportunidad de participar activamente en la práctica artística. Este hecho tiene implicaciones en cuanto a resultados: creatividad, compromiso, cohesión, bienestar y respeto hacia la diferencia.

Por último, el autor propone mecanismos prácticos a través de los cuales la importancia de la cultura puede impactar deliberadamente en el proceso de plani-

ficación pública: reestructurar la implementación de las iniciativas públicas, generar un marco cultural, desarrollar indicadores culturales, fomentar iniciativas instrumentales y potenciar y dar voz a la acción cultural y artística.

Dra. Laia Serra Sangüesa
Profesora de la Facultad de Educación
Social y Trabajo Social
Pere Tarrés - Universidad Ramon Llull